

JORGE VELASCO MACKENZIE,
Tatuaje de naufragos,

Quito, Ministerio de Cultura del Ecuador/Abya-Yala, 2008, 425 pp.

El arte es un reflejo de la realidad. El arte es una forma de conocimiento. El arte es un complejo sistema de signos. Estas son, entre otras, sus definiciones. La literatura y todos sus géneros pertenecen al arte, y éste constituye la mayor esfera de la estética. Es aquí donde se encuentra la paradoja. Nadie puede vivir armónicamente sin someterse a la simple y a veces compleja urdimbre de emociones y sentimientos. Mundo que, querámoslo o no, está gobernado por la estética. Se preguntarán de qué habla *Tatuaje de naufragos*, la novela de Jorge Velasco Mackenzie (Guayaquil, 1949): ¡De amor! ¡Un thriller! ¡Un drama! ¡Una comedia! ¡Una tragedia! Lo menciono porque siempre buscamos significados inmediatos, fáciles, casi que nos identifiquen. Eso aquí no importa por el momento. Para emprender un recorrido analítico sobre *Tatuaje de naufragos* nos despojaremos de los esencialismos positivistas, que fueron buenos en alguna época, pero que, en la actualidad, son bastante relativos.

Para comprender a plenitud una obra literaria, es preciso conocer la construcción de la realidad y esta es, en gran medida, una construcción humana. El origen de toda realidad es subjetivo. Cada mundo es real a su manera, mientras se atiende a él, solo que su realidad desaparece cuando desaparece la atención. Toda descripción del mundo presupone a alguien que lo describe (lo observa). Lo que

necesitamos es, pues, una descripción del “descriptor”, o, en otras palabras, una teoría del observador. Esto es exactamente lo que sucede en *Tatuaje de naufragos*. Es el observador (narrador en este caso) describiéndose y observando el contexto. No existe nada fuera del texto, porque todo es texto. El narrador, léase autor, se encuentra a sí mismo como fuente de toda realidad.

El estructuralismo condujo a una decodificación sistemática y sistémica de la realidad; entendida esta como un sistema de signos que comunican, por lo tanto, significan. Roland Barthes fue el más conspicuo difusor de la lectura decodificada y desestructurada, útil y necesaria para encontrar en el texto literario los procesos de creación y todo el universo de connotaciones que en él están contenidas. Pero fue Jacques Derrida quien desacralizó la realidad construida en los tinglados del lenguaje. Fue más allá, cuestiona la lengua y todo lo que con ella se puede construir; incluido, naturalmente, el texto literario. Si la realidad construida es una paradoja, con mayor fuerza lo es el texto literario. Me atrevo a señalar aquí ese refrán popular: “Nada es verdad, nada es mentira, toda realidad tiene el color del cristal con que se mira”.

Tatuaje de naufragos es un océano urbano donde navegan criaturas con sus vidas, cual conjuntos fractales venidos de todas partes; con todas las pasiones y lucidez posibles, inventados y creados de la nada. También existen vidas reales que dan testimonio, todavía, de sus existencias. A muchos de ellos los conocemos: algunos han muerto. Esta es una novedad en la narrativa local: héroes y villanos de ficción y tam-

bién de carne y hueso. Fernando Nieto, el encadenado al exilio; el bizco “Vengador” y el Negro “Doble Eme”, entre otros. Los conocemos, muchos de ellos han pasado por las cátedras de la universidad de Babahoyo. Cómo dejar de recordar –aprovecho la ocasión– a esa recia figura moral, amigo complaciente y sobre todo brillante poeta, creo que no lo supimos valorar cuando compartimos con él este lugar: Hugo Salazar Tamariz. Brillante escritor y consecuente militante, muerto hace diez años, y que justamente, en estos días las cofradías de las letras le rindieron un merecido homenaje con la edición de su *Obra poética*.

Las poéticas son las fuentes, los manantiales de la realidad, de las que el arte se apropia a través de la mimesis. Aristóteles y Nietzsche, para explicar el fenómeno estético, se sumergen en las profundidades abisales que la tragedia, como obra de arte, provoca y origina, en una visión ontológica de lo humanamente incierto donde habita el miedo. *Tatuaje de naufragos* es una expresión estética de las poéticas que la realidad urbana le suministra al narrador, en este caso, la ciudad de los manglares, con todo su tráfigo tropical. Por esa razón bien podrá llamarse la “Ciudad Tatuada”. Velasco, en algún momento intentó titular así a la novela, pero le dijeron que había demasiadas ciudades tatuadas. El desarrollo del texto está surcado por meandros de ficción y realidades donde la incertidumbre del “más luego” desbroza los caminos de las criaturas que deben, obligadamente y por voluntad del narrador, vivir al filo de la tragedia, no porque los aceche la muerte, sino porque no saben si son muertos, aunque muchos estén vivos y prestados de

la realidad. Al fin y al cabo, todos llevamos un tatuaje en el alma desde que nacemos y lo arrastramos por los circuitos de la vida. Esa es la visión trágica de esas poéticas, abastecedoras de realidades apolíneas y dionisiacas.

El conflicto existencial en el universo diseñado por el autor de esta novela, se extiende por todas partes, y a todos los involucrados el destino los maneja con discrecionalidad. Los episodios pesquisables que buscan unas misteriosas pinturas, no son sino subterfugios para tejer urdimbres de seres que requieren explicar su presencia en el otro. Cada uno necesita del decir y el quehacer de los que disputan consigo el espacio, los afectos y desafectos, los placeres y la razón. La literatura es el océano, para ser mas puntual, la palabra y el lenguaje son la esencia que compone la arquitectura de la obra. El poema “Confesiones del ebrio inmortal” (pp. 195 y siguientes), consagra esa búsqueda de trascender con el verbo, de saber que se puede describir una emoción y verter un manantial de sentimientos dionisiacos. Es un himno al borracho célebre, de los que la historia no se avergüenza y más bien los adula porque sin ellos la vida sería demasiado gris. No es apología, es homenaje a Baudelaire, Poe, Pollock, Rimbaud. Larga es la nómina de aquellos que un día pasaron por estos caminos bebiendo con sed inagotable, y en esa fuente perecieron con placer y sin miedo. También el poema es brindis y una peregrinación a la vereda de cualquier esquina para ofrendar una copa al borracho desconocido en los tugurios de la ciudad.

Los engendros nacidos de la ficción y los náufragos de carne y hueso que deambulan en las páginas de la novela, tienen una vida de hemiciclo. Por una parte, buscan los caminos para una apolínea existencia, casi racional e intelectual; los placeres, las pasiones, el éxtasis narcótico, la sensualidad hedónica, la embriaguez báquica; plasman la otra parte, una estirpe de seres tatuados y naufragados (póngase atención, no es lo mismo que fracasados); seres atados al cordaje del Montreal: metáfora del viejo barco corroído por los mares y las tempestades oceánicas.

Sueña, marinero, con tu viejo bergantín; Bebe tus nostalgias en el sordo cafetín... Llueve sobre el puerto, mientras tanto tu canción; Llueve lentamente sobre tu desolación... Anclas que ya nunca, nunca más, han de levar; Bordas de lanchones sin amarras que soltar; Triste caravana sin destino ni ilusión; Como un barco preso en una botella del figón.

Así, gemía el tango en la rocola del Montreal a punto de naufragar, cuando en el fondo de su mecanismo lo activaba la ayora: "Niebla del Riachuelo". Mientras el tango, trova maldita y nostálgica, alimentaba la sensibilidad, el romanticismo y despertaba pasiones ocultas, la cerveza y el humo del cigarrillo aguzaban la inteligencia, la imaginación, el talento y otras percepciones estimulantes para dilatar, destruyendo y componiendo el mundo, imaginando guerras revolucionarias, tomándose el poder del proletariado, pintando el cuadro inmortal, como lo hacía Humberto Moré, o escribiendo la magna obra literaria. Y así sucesivamente, cada quien

soñando sus futuras realizaciones, perdurables o efímeras transcendencias.

Zacarías Lima, médico de muertos, o mejor, médico para los muertos, y sus personajes satélites, todos seres imaginarios, conviven y comparten realidades también imaginarias en la ciudad de los manglares. Lo hacen con una tribu urbana sedentaria, cuyos miembros viven del cultivo del pensamiento y las ideas. Afanosamente, buscan una explicación a sus existencias en seductores devaneos filosóficos sartreanos, cuando arreciaban peligrosamente las carroñeras incertidumbres ontológicas del *cogito ergo sum*, devorando los cadáveres que dejaban el desarrollo de la técnica y la ciencia; dudas y sospechas sobre el impacto de esos procesos en la civilización que ni toda la escuela filosófica de Frankfurt, más el pensamiento de Derrida, Foucault y demás, pudieron explicar a cabalidad. A esto debemos agregar el estigma en los individuos que Albert Camus dejó marcado. Todos, o casi todos, por lo menos los que se cuestionan el aquí y ahora de sus vidas, se convirtieron en *el extranjero*, como Meursault. O las nuevas dimensiones con las que la postmodernidad amenazaba: el hipismo, la unidimensionalidad marcuseana del individuo, el conflicto y su secuela de dudas que dejan el desarrollo sin freno y el consumismo. La genocida guerra de Vietnam, la Revolución cubana y los movimientos libertarios del Tercer Mundo, dejaron hondas huellas en el pensamiento anarquista y a veces nihilista de aquella tribu. Las disquisiciones filosóficas, ideológicas y políticas llevaban la impronta del pensamiento pequeño burgués, aunque algún miembro de aque-

lla tribu sea de origen proletario. No cabe duda que las generaciones que sintieron el impacto de la crisis existencial intentaron, vanamente unos, liberarse de la condena perpetua del consumismo y todas las formas de masificación y cosificación de sus vidas, pero luego cayeron en el nihilismo dionisíaco; los otros, apolíneos, apostaron por una explicación a su existencia, aunque no lo quisieran, en el marco del *establishment*. Las manifestaciones estéticas que se debatían y sus vertientes en la expresión artística, jamás llegaron a alcanzar trascendencia alguna.

Con crudo realismo el narrador testimonia, en la página 296 y siguientes, el desconcierto de sus vidas y los propósitos de esa tribu urbana sedentaria: "Zacarías Lima siempre quiso ocultar la verdadera historia de Sicoseo. El grupo literario nació a la borda del Montreal una noche de aguaceros violentos con rayos y centellas:

—Mal Augurio —dijo Medardo paz, un comunista ortodoxo que creía en el diablo y leía cartas del Tarot.

Se habían urdido tantas historias falsas sobre el grupo que ya casi estaba aceptado que se trataba de un movimiento insurgente en la cultura de la ciudad, cuando solo fuese una liga de pavos y borrachos, por eso nunca salió nada bueno de ahí, de aquellos seres doblegados por el alcohol y la marihuana, que se reunían cada sábado para beber y fumar en un departamento de la calle Imbabura, justo al lado de lo que más tarde fuera el Gran Cacao. Él sabía que casi nunca se leyó trabajo alguno que se acercara al verso o a la fábula, o sea al ritmo y al mito, solo se escuchaban los largos monólogos del bizzo "Ven-gador" quién había encontrado ocho

tontos que lo dejaban hablar cuatro horas seguidas sobre el intelectual orgánico del italiano Antonio Gramsci, tan parecido a Medardo Ángel Silva; la penitencia ideológica-religiosa de Narcisca de Jesús Martillo; la abdicación del "Rey de la Cantera" en el estadio de Barcelona; el triunfo posible, vía inconciencia de clase, del Frente Amplio de Izquierda. Fernando Nieto, el poeta encadenado, nunca leyó nada; el negro "Doble Ene", por ese tiempo murmurador y mezuquino, tampoco, jamás escribió nada, ni el "conde", que todavía no era "Giorgio Hammer", sino Jorge Martillo a secas, herido por los clavos y silicios de su tía lejana, la beata embalsamada de la iglesia de San Alejandro el Grande, el ronco Artieda no soltó ningún rebuzno herido, sino esperó, hasta que "Jota Jota" muriera un día del mes de febrero para ponerlo a batirse a duelo contra Olimpo Cárdenas en un pueblo fantasma. La mayor prueba de la falsía de Sicoseo fue que nunca volvió a aparecer otro número de aquella horrible revista impresa en papel Kraft de empaque que tuvo en la portada el fotomontaje de Humberto Moré, un rostro de hombre con cuatro ojos que miraba al lector por todas partes...".

Hasta aquí la cita. En resumen, de esa tribu urbana sedentaria, la pintura tuvo algunos dignos representantes; en la literatura, el único sobreviviente de ese naufragio, es Velasco Mackenzie, que sigue flotando en el salvavidas de la palabra.

Por otro lado, la temporalidad de la novela se consagra en el auge de la globalización; precisamente cuando el mundo se está reduciendo a un pequeño "recinto". La dinámica de todos los fenómenos sociales, culturales, políticos y económicos los convirtió en do-

mesticas cotidianidades con un vértigo desquiciante. Ahora mismo, esa espiral vertiginosa amenaza desquiciar hasta los cimientos de la sociedad con el *crack* financiero global.

Mientras Zacarías Lima navega intermitentemente en la ciudad de los manglares, recalando en el puerto del Centenario para abordar el buque Montreal que pronto naufragará, el horizonte acuoso refleja el eco de unas marchas blancas y otras negras, que amenazan con tirar abajo al Dictócrata. Este fondo político que muestra la novela son los coros y las suplicantes que llenan el escenario del teatro griego, se presentan como esos golpes a la conciencia de la sociedad en las tragedias inmortales de Sófocles.

Para finalizar haré un esfuerzo de síntesis crítica. El narrador monta en la ciudad de los manglares, su ciudad, un escenario para desarrollar una obra de teatro del absurdo. A pesar de que la muerte está presente diariamente en la Fronda, anfiteatro anatómico policial, no es la condición ni *leitmotiv* de la novela. La Fronda es un pequeño refugio de seres anónimos que giran alrededor, no de la muerte, sino de un oficio sobre los muertos. Esta condición de la vida no atormenta ni promueve sentimientos de ninguna clase, simplemente es la cara oscura de la gran farsa teatral. Tampoco es la esencia de unas vidas taciturnas, aunque al final de la obra, la muerte asoma como variante temporal, para apuntillar las pesadillas de Zacarías Lima y sus congéneres imaginarios.

Creo que la deconstrucción de la novela que he intentado es una aproximación filosófica sobre la vida, la cultu-

ra y la sociedad. Como señalé al inicio al tratar sobre la descripción e interpretación de la realidad en el arte, reitero que para comprender a plenitud una obra literaria es preciso conocer la realidad, porque esta es en gran medida una construcción humana.

En plan menos analítico y más intimista, debo decir que *Tatuaje de naufragos* pudo tatuarse en menores tiempos y espacios y el naufragio pudo causar menor número de damnificados. Pero a Velasco no le dio la gana. Más bien tuvo ganas infinitas de nunca terminar de narrar lo que para él esta realidad se volvió: un hecho indisoluble en su vida. Esa es la paradoja que lleva tatuada el alma humana: la necesidad de construir un mundo con su cosmovisión, con lo que se vuelve indispensable en la existencia. Ahora, también debo aclarar, porque he testimoniado esos trajinares, que si de escribir se trata, y a eso lo invitan, la noche de copas se vuelve interminable.

VICENTE VARGAS LUDEÑA
GUAYAQUIL, 06-02-09